

RESEÑAS

Wright, Peter, **Cazador de espías**, México, Javier Vergara Editor, 1988, 429 pp.

En 1980, en su pequeño volumen *L'espionnage et le contre-espionnage* (París, PUF), Jean-Pierre Alem apuntaba que si bien el espionaje ha sido y continúa siendo tema de un gran número de novelas y películas, la historia finge ignorarlo. Esta increíble observación afortunadamente fue desafiada en 1985 por Christopher Andrew, profesor de historia del Colegio de Corpus Christi de la Universidad de Cambridge, cuando la importante editorial londinense Heinemann publicó su interesante y suculenta obra *Secret Service. The Making of the British Intelligence Community*. Pese a todo, en general la actitud del profesional de la historia hacia el espionaje continúa siendo, en el mejor de los casos, la de considerarlo una actividad accesoria, sucia a menudo, cuya trascendencia no va mucho más allá del hecho anecdótico y sus peripecias.

En el mundo del periodismo el tema del espionaje ha corrido con mejor suerte. Su naturaleza misma, el velo de misterio que les es propio, lo ha hecho un material más apetitoso al consumidor y, por ende, a los intereses económicos de la industria editorial. No obstante, en este rubro, el lector se enfrenta en multitud de ocasiones con un gran número de aseveraciones infundadas que, aun si fuesen ciertas, su propia formulación las hace inútiles como sustento de hipótesis serias. Por otro lado, creo que es de elemental justicia reconocer la existencia de obras periodístico-literarias que sí ofrecen valiosos testimonios históricos; pienso, por ejemplo, en la reconstrucción hecha por Gilles Perrault en 1967 de la red de inteligencia del *Comintern*, infiltrada en la Francia ocupada por la Alemania nazi, cuya designación da título a la obra *L'orchestre rouge* (París, Librairie Arthème Fayard).

A caballo entre la historia y el periodismo se encuentra un género dentro de la literatura de espionaje relativamente nuevo: me refiero a los libros de memorias de ex agentes de inteligencia o contrainteligencia. Me parecería acertado situar el inicio de este *boom* editorial en 1975, con la aparición, en la célebre casa británica Penguin Books, de la controvertida obra *Inside the Company Cia Diary*, del ex agente Philip Agee. Tal vez

el lector recuerde que dicho libro fue durante muchos años inconseguible en nuestro país, debido a la inclusión en su larga lista de colaboradores de la CIA de figuras prominentes de la política nacional de ese tiempo.

En este mismo ámbito destaca la publicación, en 1987, también en Penguin Books, pero en su colección empastada Viking, de *Spy Catcher*, de Peter Wright, veterano funcionario de la contrainteligencia británica. Inmediatamente después de su aparición el libro cobró dimensiones de escándalo, más que por su contenido por la torpe actitud de la primer ministro Margaret Thatcher, quien en un arranque de pudicia histórica, a los que son tan afectos los gobiernos conservadores, intentó por todos los medios a su alcance prohibir la comercialización del libro. Los resultados de este frustrado intento de censura fueron desastrosos para la señora Thatcher, vergonzantes para su gobierno y maravillosos para el señor Wright: *Spy Catcher* ha roto récords de venta no sólo en Gran Bretaña, sino también en Estados Unidos, y ha sido traducido a multitud de idiomas, entre los cuales, por supuesto, figura el castellano (basta decir que la edición en nuestra lengua ha sido puesta a la venta simultáneamente en México, Buenos Aires, Santiago de Chile y Madrid).

Cazador de espías, traducción que ha dado al título la editorial Javier Vergara, es, primero que nada, una lectura absorbente. La secuencia de los acontecimientos y su ágil relación, seguramente obra de Paul Green-grass (escritor y productor de la televisión británica y colaborador del señor Wright en la redacción del libro), de inmediato cautivan a quien pone la mirada sobre sus páginas y le abre la puerta a un mundo a medias entre la fantástica parafernalia científica de Ian Fleming y el desencanto del inolvidable personaje de John Le Carré, encarnado por Richard Burton en *The Spy who Came in From the Cold*.

Peter Wright, por muchos años principal científico en la rama de contraespionaje del servicio de inteligencia británico conocida como MI5 (Servicio Británico de Seguridad, antes *Militar Intelligence, Section 5*, equivalente, en general, al FBI estadounidense, aunque cumple con algunas misiones de contrainteligencia en

el extranjero), comienza su relato un día de enero de 1976, el último de actividad profesional después de veinte años de servicio. Hijo de un ingeniero en electrónica que había colaborado con el espionaje británico en la Noruega de la Primera Guerra Mundial, Peter Wright se incorpora parcialmente a la inteligencia de su país hacia 1951, y de manera definitiva en 1954, en plena guerra fría, haciéndose cargo de diversos proyectos de investigación científica para rastrear mecanismos de intervención soviéticos e idear nuevos y mejores aparatos del mismo tipo para ser usados en y contra embajadas del bloque socialista, así como de Organizaciones e individuos afines tales como el Partido Comunista de la Gran Bretaña (PCGB). A partir de entonces y durante los siguientes cinco años, dice Peter Wright, "atravesamos Londres instalando micrófonos y violando domicilios por mandato del Estado, mientras pomposos empleados públicos de bombín, en Whitehall (nombre rutinario con el que se designa al Ministerio de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña), fingían mirar hacia otro lado" (p. 69).

Al escribir esta reseña me viene a la memoria la ocasión cuando durante los años que pasé en la capital británica, llegó a visitarme una amiga de nacionalidad polaca, hija de un ex embajador de ese país en México (posteriormente purgado de las filas de su gobierno), que a la sazón radicaba en Londres, lugar donde su marido era agregado comercial. En dicha ocasión mi amiga llegó alterada, pues tras semanas de sospechas, ahora confirmaba que alguien había penetrado en su domicilio para registrarlo. Sin haber sustraído un sólo penique, los agentes británicos se habían delatado al descubrir en la alacena ciertas golosinas polacas que esta familia atesoraba y tenía contadas: una vez más faltaban varios de los dulces en cuestión y el orden de los tarros estaba alterado; además, mujer metódica, ella acostumbraba guardar sus medias del lado derecho del cajón y ese día habían amanecido del lado izquierdo. Hoy en día ella ha vuelto a ocupar su cátedra de literatura hispanoamericana en la Universidad de Varsovia y cuenta en su currículum con la traducción al polaco de *Cien años de soledad*.

En 1955 una de las prioridades del MI5, junto con la vigilancia estrecha de la Embajada soviética, fue el PCGB, el cual en ese momento gozaba de una amplia ascendencia sobre al movimiento obrero británico. La operación definitiva en contra de esa organización fue la llamada *Party Piece*, consistente en el fotografiado de los archivos completos de la organización que se concentraban en el departamento de uno de los miembros, en el elegante barrio de Mayfair. Un fin de semana que los dueños salieron de Londres, dice Wright:

Un equipo (...) entró en el departamento y violó las cerraduras de los muebles de archivo donde se guardaban las carpetas de los afiliados. Se fotografió con una cámara Polaroid el contenido de los cajones de cada uno de los muebles. Cada carpeta se sacó con cuidado y se registró ahí mismo, para volver a ponerla en el mis-

mo lugar que ocupaba antes... Ese fin de semana se copiaron en total 55,000 carpetas. (p. 70)

El PCGB había sido neutralizado.

Pese a la confesa diversión implícita en el trabajo de espionaje, Wright hace interesantes reflexiones sobre la naturaleza de esta labor. Una de estas meditaciones gira en torno a la soledad, a la cual obligan los secretos que el funcionario hereda a lo largo de su carrera. "Existe la camaradería, (...) pero uno está a solas con sus secretos (...). Los contactos, en particular con el mundo exterior son superficiales, ya que la mayor parte de la persona de uno no puede ser compartida" (p. 83). Tal es la razón, opina Wright, de que los servicios de inteligencia desgastan a mucha gente.

Por otro lado, y este es un reproche que permea el libro en su totalidad, es palpable en el autor una amargura muy grande en cuanto a la escasa gratitud del MI5 hacia sus antiguos integrantes. Un caso patético es el de Klop Ustinov, padre del famoso actor Peter Ustinov. Klop Ustinov, aunque de ascendencia alemana, guardaba estrechos vínculos con la Embajada soviética. Aparte de ser políglota, poseía la singular distinción de haber recibido condecoraciones de los ejércitos ruso, alemán y británico durante la Segunda Guerra Mundial, dato que destaca suficientemente su capacidad profesional como espía. Ustinov vivía muy limitadamente en compañía de su esposa, y no fue sino hasta después de una entrevista, que por razones profesionales tuvo con Wright, cuando recibió la pensión a la que tenía derecho y que siempre le había sido escamoteada. Poco tiempo después muere. De esa experiencia, dice Wright, "aprendí una lección que nunca olvidé: el MI5 espera que sus funcionarios le sean fieles hasta la tumba, sin ofrecer necesariamente alguna lealtad a cambio." (p. 86)

Pero acaso lo que resulta más sorprendente del libro sea la exposición franca de las limitaciones que durante las décadas de los cincuenta y sesenta aquejaron a los servicios secretos británicos, tanto de espionaje como de contraespionaje. En general, la reiterada queja de Wright radica en la mediocridad de los funcionarios administrativos, más preocupados en no hacer olas que en hacer el trabajo, celosos de sus pequeños feudos, empantanados en la costumbre y la rutina y temerosos ante la idea de una actualización auténtica de los métodos de trabajo. Sin lugar a dudas las revelaciones de Wright contradicen violentamente la imagen de eficiencia del servicio público británico y la sorpresa resulta todavía mayor al llevarse a cabo en el ámbito de los servicios de espionaje.

Esta situación, aún más aguda durante los años difíciles de la guerra fría, constituyó un caldo de cultivo ideal para la proliferación de los agentes soviéticos infiltrados en las oficinas tanto de MI5 como de MI6 (Servicio Británico de Inteligencia Secreta, antes *Military Intelligence, Section 6*. Sus funciones son parecidas a las de la CIA y consisten en recoger informaciones en el extranjero) y, en consecuencia, para facilitar al blo-

que socialista la puesta en práctica de audaces estrategias de desinformación. Un ejemplo de lo anterior, aventura Wright, fue la llamada "crisis de los misiles" soviéticos en Cuba, estrategia que se orquestó y ejecutó a través de un agente de desinformación llamado Oleg Penkovski, funcionario jerárquico de la GRU (inteligencia militar soviética) a principios de la década de 1960. Fue este hombre quien en esa época entregó una enorme cantidad de información relacionada con los más delicados sistemas militares soviéticos, incluyendo la identificación de los misiles en proceso de instalación en Cuba. "¿Por qué los rusos habían enviado a Penkovski como agente de desinformación?", se pregunta Wright.

Los rusos tenían dos grandes ambiciones estratégicas a principios de la década de 1960: mantener a Castro en Cuba (...) y desarrollar la capacidad soviética en materia de misiles balísticos intercontinentales (MBI) sin despertar sospechas en Occidente (...). Los soviéticos se mostraban desesperados por convencer a Occidente de que la brecha de los misiles era una ilusión y que, en el mejor de los casos, se encontraban retrasados respecto de Occidente.

(...)

La esencia de las informaciones de Penkovski era que el programa de coherencia soviética no se encontraba en modo alguno tan avanzado como Occidente había sospechado hasta entonces, y que no disponían de MBI, sino sólo de misiles balísticos intermedios (...). El hecho de que a los rusos se los viera instalando en Cuba los que según Penkovski, eran sus cohetes en ese momento, tendía a confirmar la validez del mensaje en el sentido de que los rusos no disponían de MBI. Jruschov se vio obligado a retirarse, pero logró (...) una eventual aceptación, por los Estados Unidos, de que Cuba no sería atacada.

El mensaje de Penkovski fue confirmado más tarde por dos desertores de la delegación soviética en la ONU. (...)

A mediados de la década de 1970 el clima empezó a cambiar, y surgieron las dudas. El fotorreconocimiento por satélites mejoró en forma espectacular y cuando se analizó la precisión de los MBI soviéticos (...) se descubrió que los misiles eran mucho más precisos de lo que se había detectado (...). Se descubrió que las informaciones de los desertores de la delegación soviética en la ONU (...) eran erróneas... (pp. 243-244).

Pero más impactante resulta la dimensión de los logros alcanzados por los soviéticos en su infiltración del propio MI5. Según la argumentación de Wright, sir Roger Hollis y Graham Mitchel, director y subdirector general de MI5, respectivamente, durante la década de 1960, eran agentes de la URSS. Y, por supuesto, no se podría dejar pasar por alto las interesantísimas páginas dedicadas al caso del Grupo de los Cinco, conformado por hombres de extraordinaria inteligencia, preparación intelectual y posición social, quienes formados en la élite de la Universidad de Cambridge, durante la década

de 1930, en la posguerra decidieron colaborar con los servicios secretos soviéticos al interior de la inteligencia británica. La investigación en torno a Donald Maclean, Guy Burgess, sir Anthony Blunt, Harold Philby y Alister Watson, involucró a personalidades como Isaiah Berlin y Denis Healy; su caso resulta tan curioso como interesante. Peter Wright nos ofrece elementos para darnos una idea del calibre de estas personalidades, a cuya cabeza se encontraba sir Anthony Blunt, reputado historiador de arte y, nada menos, curador de las colecciones de la reina. Wright se expresa de él en estos términos:

Una vez por mes, más o menos, durante los seis años siguientes, Blunt y yo nos reunimos en su estudio del Instituto Courtauld. El estudio de Blunt era un gran salón decorado en magnífico estilo barroco, con cornisas pintadas con hoja de oro por sus estudiantes del Courtauld. De todas las paredes pendían exquisitos cuadros, entre ellos un Poussin (...). A veces tomábamos té con emparedados cortados muy finos; mas a menudo bebíamos, él ginebra y yo escocés (...). Para mí, siguen contándose entre los encuentros más vívidos de mi existencia.

Blunt era uno de los hombres más elegantes, encantadores y cultos que he conocido. Hablaba cinco idiomas y el alcance y la profundidad de sus conocimientos eran impresionantes. No se limitaban sólo a las artes; en rigor, como le agradaba decirme, su primer título en Cambridge fue de matemáticas, y durante toda la vida se sintió fascinado con la filosofía de la ciencia.

... Blunt era capaz de ser historiador de arte y erudito por un minuto, burócrata del negocio de la inteligencia al siguiente, espía (...), lánguido defensor del establishment... (pp. 258-259)

Ciertamente, el libro de Peter Wright *Cazador de espías*, desata en el lector un caudal de reflexiones. Tal vez la actividad del espionaje no goce de una cabal aceptación en la opinión pública más o menos letrada de nuestro país, lo cual es normal y, casi diría yo, necesario; pero lo que en definitiva resulta increíble es la poca atención dedicada durante décadas a este respecto por las instancias gubernamentales mexicanas a las que estos asuntos competen. Según se sabe, hubo una época —muy breve, por cierto— en que esta tarea estuvo a cargo de jóvenes y brillantes oficiales egresados del Colegio Militar, pero que después, tal vez por la necesaria poca espectacularidad de esta actividad, perdió atractivo para las instancias políticas encargadas de su apoyo. Resultaría patética la comparación entre el nivel cultural de los funcionarios británicos, aun en el "peor" de los casos, con los de la alguna vez existente Policía Federal de Seguridad, cuyos comandantes de zona, en el "mejor" de los casos, habían terminado su instrucción secundaria. Problemas de presupuesto aparte, una cosa es cierta: no es posible pensar en la organización de un servicio de inteligencia mexicano digno y eficiente, en tanto que no se lo desvincule

de los servicios judicial-criminalísticos, ¿quién en su sano juicio aceptaría, por más convencido que estuviera de la necesidad de preservar a las instituciones, integrarse a cualquier rama de los actuales servicios secretos?

En fin, como quiera que sea, la lectura de *Cazador de espías* brinda la oportunidad de echar un vistazo a una actividad principalísima hoy en día para la formulación y desarrollo de la política exterior, cuando menos de los países desarrollados.

Andrés Ordóñez